

"La indiferencia es el cáncer de la democracia"

PAPA FRANCISCO (1936 - 2025)

Bolivia y Perú; diplomacia en tiempos de exabruptos

Javier Viscarra
DIPLOMÁTICO Y
PERIODISTA



Cuando la diplomacia cede espacio a la estridencia, los daños trascienden las palabras. Así ocurrió el 28 de julio, cuando la presidenta peruana, Dina Boluarte —la mandataria más impopular de América Latina—, usó su mensaje por el 204 aniversario de la independencia para presumir que su país evitó convertirse en un "Estado fallido" como Cuba, Venezuela y Bolivia. Una frase dura, innecesaria e impropia del lenguaje entre naciones hermanas.

La reacción boliviana fue inmediata. El presidente Luis Arce expresó su "enérgico rechazo" y la Cancillería convocó al Encargado de Negocios peruano en La Paz. Hasta ahí, la respuesta parecía correcta. Pero la sobreactuación posterior mostró improvisación. Se anunció el llamado a consultas de la Encargada de Negocios boliviana en Lima, una medida sin sentido que se aplica a embajadores, como señal de gravedad, dejando la legación en manos de un Encargado de Negocios. Pero en este caso, la misión ya se encuentra en ese nivel, por lo que traer a la Encargada para dejar a otro funcionario con el mismo nivel de representatividad carece de sentido. En diplomacia, los gestos cuentan, y esta señal resultó irrelevante.

Tampoco ayudó la conferencia de prensa cargada de adjetivos. Una nota verbal, reservada pero firme, habría bastado. Como si fuera poco, el canciller peruano, Elmer Schialer, respaldó sin matices a Boluarte: "No quitaría ni una coma ni un énfasis", dijo el canciller peruano, confirmando que el incidente no se resolverá con un simple apretón de manos.

¿Qué implica llamar "Estado fallido" a un país? El concepto nació en los años 90 con el informe State Failure Task Force Report, encargado por la CIA, basado en la noción weberiana del monopolio legítimo de la fuerza. Según esa lógica, un Estado fallido no controla su territorio, no garantiza seguridad ni servicios básicos y pierde soberanía efectiva. Somalia en los 90, Afganistán y Haití son ejemplos paradigmáticos, como recordó el colega internacionalista, Felipe Limarino.

Luego, índices como el Failed States Index popularizaron la categoría, aunque con fuertes críticas; determinista, funcional a la geopolítica y útil para justificar

injerencias. Tras el 11-S, Washington la convirtió en categoría de seguridad nacional para legitimar intervenciones como Afganistán e Irak. Más que herramienta analítica, el "Estado fallido" es una etiqueta ideológica. Por eso, la frase de Boluarte no es inocente.

Pero el agravio no debe hacernos perder de vista lo esencial; Bolivia y Perú comparten historia, cultura y una agenda estratégica que trasciende coyunturas. El manejo conjunto de recursos hídricos —desde el río Mauri hasta el Lago Titicaca—, la cooperación amazónica, la articulación energética y la integración física son prioridades. También lo es conectar a Bolivia con el Pacífico vía el puerto peruano de Chancay, clave en el corredor bioceánico que unirá el Atlántico brasileño con Asia. Y revitalizar la Comunidad Andina frente a la fragmentación regional. Nada de esto será posible si se impone la retórica sobre la razón.

Este impasse debería ser una oportunidad para profesionalizar el servicio exterior boliviano, despojarlo de improvisación y devolverle institucionalidad. Un país que aspira a integrarse a corredores estratégicos, negociar puertos y proyectar su litio no puede permitirse una diplomacia reactiva y torpe.

Como recordó el canciller peruano, "los Estados no se mudan de vecindario". El reto está en forjar vecindad, con pragmatismo, serenidad y visión estratégica.

“Este impasse debería ser una oportunidad para profesionalizar el servicio exterior boliviano...”

La peligrosa ilusión de un país condueño

Fernando Crespo Lijeron

El caudillismo exacerbado, en todas sus variantes, ha sembrado históricamente en Bolivia una peligrosa ilusión: la creencia de que el país pertenece exclusivamente al grupo social que se arroga su representación y a sus fieles seguidores. Esta visión absolutista desconoce que Bolivia es una nación diversa, plural y compuesta por ciudadanos con iguales derechos, independientemente de su ideología, clase o procedencia.

Pretender imponer una visión única, por más argumentos históricos o sociales que se aleguen, en cualquier democracia es simplemente inaceptable. En toda sociedad civilizada, las mayorías tienen prevalencia en las decisiones colectivas, pero siempre dentro del marco del respeto a las minorías y fundamentalmente al Estado de derecho. La convivencia democrática se basa precisamente en ese delicado y necesario equilibrio.

Tras el fallido experimento del Movimiento al Socialismo (MAS), que desperdició irresponsablemente una coyuntura económica histórica y terminó sumiendo al país en una de sus peores crisis multidimensionales, la mayoría de

la ciudadanía ha manifestado de forma muy clara su deseo de cambio. El desgaste del proyecto político del MAS es evidente, aunque su líder insista en perpetuar un modelo cargado de dogmatismo ideológico que extravió su rumbo histórico y que ya no responde a las demandas ni a las esperanzas del pueblo boliviano.

Lamentablemente, la oposición tampoco ha estado a la altura de este momento crucial. Por el egoísmo y la falta de visión de sus líderes, no ha logrado construir una alternativa unificada. Sin embargo, todo indica que, incluso fragmentada, la corriente opositora podría imponerse en las próximas elecciones, obligando a una segunda vuelta que definiría el nuevo rumbo del país.

En este complejo escenario, corresponde al líder histórico del MAS, y a todo su entorno político, hacer una profunda autocrítica. No basta con el silencio cómplice o la negación insana: se requiere asumir con honestidad la responsabilidad por la crisis social y económica actual, por la vulneración oficiosa del Estado de derecho y el pernicioso rechazo a la cultura institucional del país, y probablemente desde la oposición.

“El desgaste del proyecto político del MAS es evidente...”

Sobre la responsabilidad de ser jurado electoral

Iraís Buezo Almanza
ABOGADA



A dos semanas de las elecciones, el ánimo de la población boliviana es de incertidumbre y miedo. Durante el año tan duro que se ha vivido, lleno de filas de gasolina, escasez de productos, escasez de empleo y un sueldo que cada vez alcanza para menos, la ciudadanía ha estado a la espera de que algo pase, que algo cambie. En un consenso silencioso, los bolivianos hemos puesto nuestra fe en las elecciones, hemos decidido soportar, atrasar el punto de inflexión desde nuestras trincheras para llegar al 17 de agosto.

Sin embargo, la llegada de la jornada electoral exalta los sentimientos de la población. Incluso con un proceso electoral transparente, en donde el conteo de votos en las mesas es público y los civiles podemos entrar a los recintos electorales sin restricción, el miedo aún se aferra a los bolivianos. ¿Habrá fraude? ¿mi voto será respetado? La conspiración y las declaraciones de muchos actores políticos hacen que el miedo incremente de cara a las elecciones.

Por eso, los jurados electorales son protagonistas dentro de este capítulo en la historia boliviana. Las listas de jurados están cerradas y ya tenemos a los ciudadanos que van a asumir una de las

tareas más honorables durante el proceso electoral. Los Jurados Electorales serán ese día la primera línea de defensa de la democracia, desde el control general de la mesa, el escrutinio y el llenado del acta. Ellos serán a quienes les confiaremos nuestro voto para que llegue de forma segura hacia la OEP. Ese día, los bolivianos depositarán en esa papeleta sus esperanzas de que las cosas cambien, y no solo que cambien sino que mejoren, serán los jurados aquellos que sostengan en sus manos los sueños de toda Bolivia.

Es hora de cambiar la narrativa. Basta de "que flojera ser jurado", mejor un "Hoy trabajo por mi patria siendo jurado". Ser jurado

electoral no es una inconveniencia, es una responsabilidad muy grande, y una manera directa en la que los bolivianos ayudarán a proteger la democracia, algo que no es ajeno a nuestra gente. Ser jurado no se paga con el día de asueto, se paga con la satisfacción de haber trabajado por tu barrio donde tus vecinos están llenos de miedo, por tu ciudad donde la incertidumbre se comió a la alegría. El futuro de este país no solo es trabajo de los que gobiernan, es trabajo de todos, que hagamos un poquito todos los días y que este domingo 17 de agosto un puñado de ciudadanos hagan un poquito más, por el bien de la democracia. Este País tiene potencial, solo ha-

ce falta gente a quien le importe sacarlo adelante.

En una circunstancia histórica, la democracia te pide unas horas de esfuerzo para poner el cimiento de los próximos cinco años.

Les agradezco a los que aceptaron ser jurados, que han puesto a disposición su tiempo de descanso para la jornada electoral. Gracias por su granito de arena para dar alivio a los que llevamos sosteniendo la respiración durante mucho tiempo. A los que no debemos servir ese día, los invito a llegar temprano a los recintos, entreguen su tiempo si hace falta alguien en la mesa, porque no hay mayor honor que ayudar a tu país cuando te necesita.